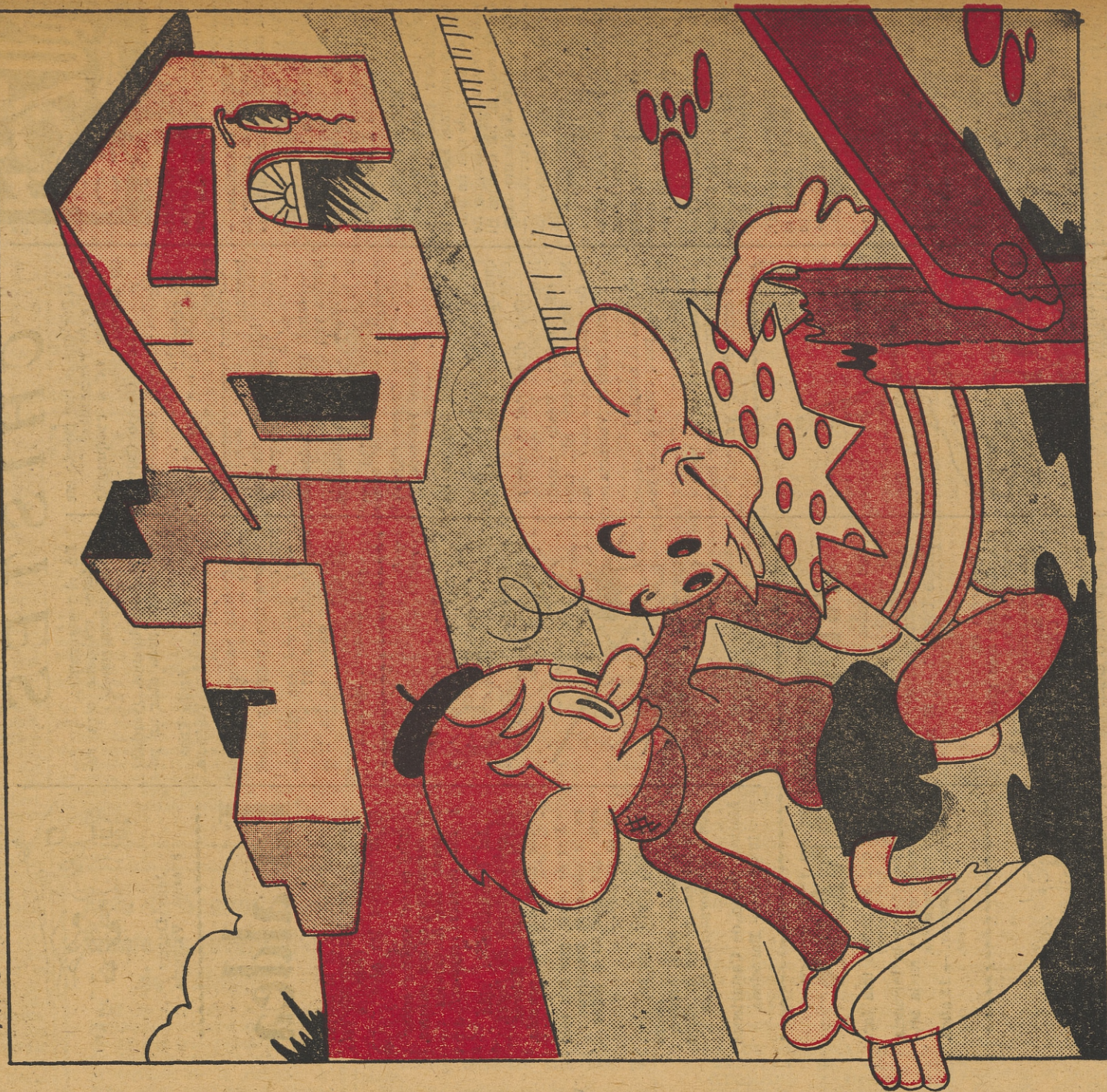
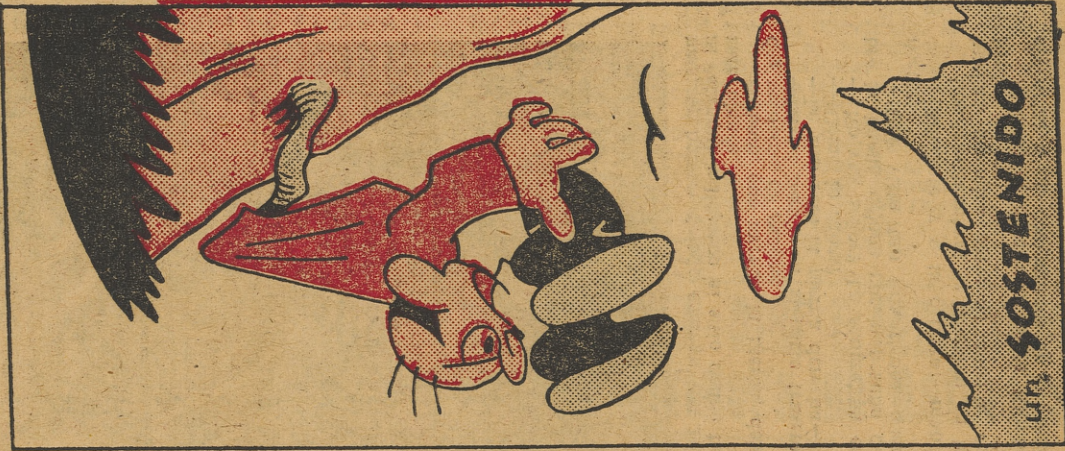
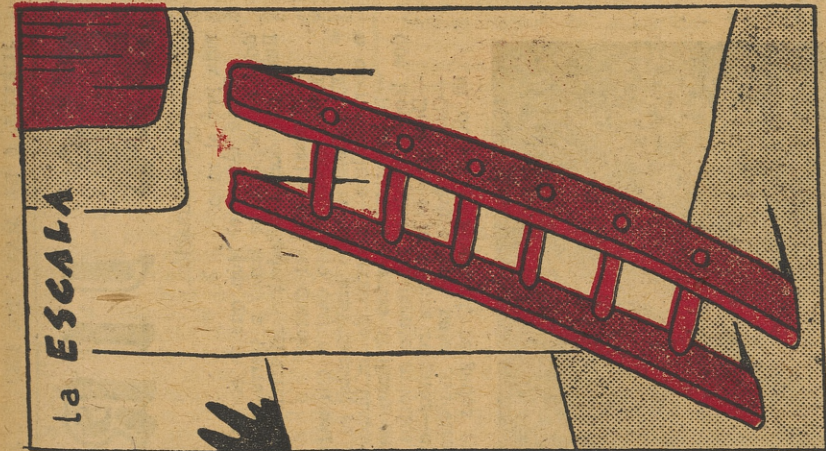
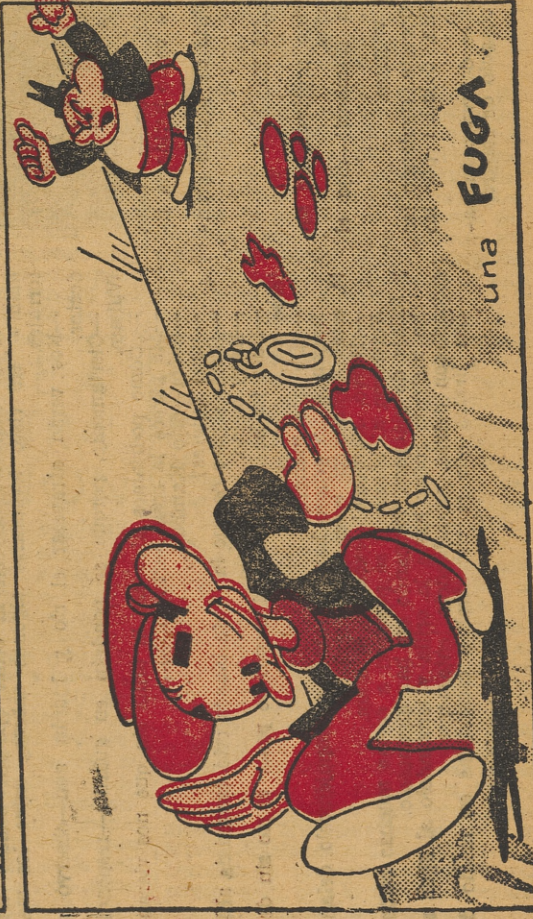
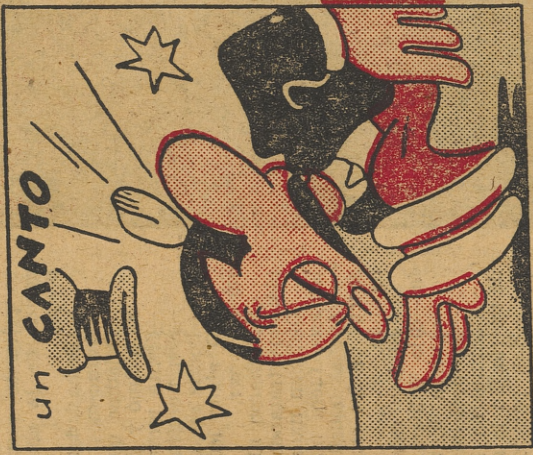
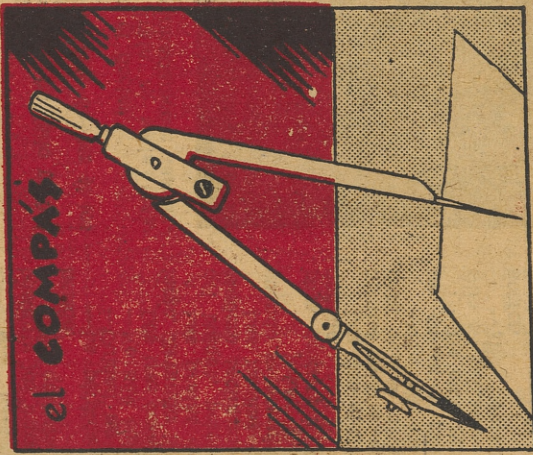
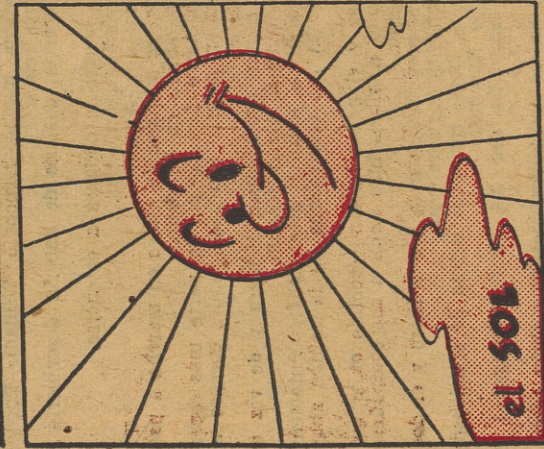


MÚSICA



--¿Cómo se llaman los jefes de las estaciones de Valencia y de Barcelona?
 --No lo sé.
 --Pues se llaman... por teléfono.



La idea

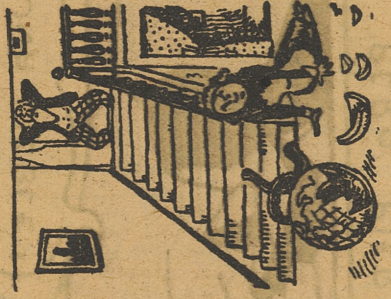
Martin Hernández Galarza.
12 años. Valencia

condicionen detrás, empujándolo lentamente.
Las jirafas que se encontraban escondidas en medio de
(Continúa)



Un pozo cada veinte mil kilómetros cuadrados

Para darse una idea de las enormes dificultades que presenta una guerra en el desierto, basta tener en cuenta los siguientes hechos: una persona necesita en el desierto, por lo menos, cinco litros de agua al día. Para los animales se necesitan 25 litros, y las máquinas consumen el triple de la cantidad normal. Ahora bien; téngase presente que en el desierto llueve, por ejemplo, apenas se encuentra un pozo por



El fin del mundo

El pez gimnasta

Existe en la India un pez de agua dulce, que los indígenas llaman "cundi colli", que trepa por los árboles para buscar el alimento. Puede recorrer en tierra grandes distancias, y es sumamente aficionado a la nuez de coco.

La cigarra y las hormigas

(Viene de la pág. 4.)

simas fuerzas que le quedaban, iba avanzando sin rumbo fijo, totalmente desorientado, y sin saber que hacer y a donde acudir para poner fin a tan sufrimientos.

Detúvose un momento debajo de un árbol pensando que por lo menos allí no se vería asediado por los copos helados que caían. Pero un instante después doblóse una rama por efecto del peso que tenía encima, y el pobre animal creyó que se le venía el Universo sobre la cabeza. Desesperada y baciendo un supremo esfuerzo, logró salir a la superficie y se lamentó en un suspiro: —¡Estoy perdido! Nada ni nadie podrá auxiliarme en medio de este desierto de nieve. Ahora me doy cuenta de que mi catastrófico proceder...

Y grandes lágrimas caían de sus ojos, mientras el frío azotaba su cuerpo y los árboles parecían hacer más patente la visión infernal mostrando sus ramas cargadas de nieve... Entonces la cigarra se acordó de las palabras de las hormigas, de su insólito proveedor tan lleno de ejemplaridad, y pensó que tal vez llamando a la puerta de algún nido de estas viejas amigas se compadecerían de ella y le ofrecieran hospitalidad.

Haciendo grandes esfuerzos, pues cada vez se encontraba más desahogada, consiguió avanzar algunos pasos hasta llegar ante la puerta de un nido de hormigas con las cuales había mantenido excelentes relaciones de vecindad.

—¿Quién hay? —preguntó la

hormiga que había de portera.

El juramento de Alejandro

Cuando Alejandro llegó en su carrera triunfal hasta las orillas del Indo, supo que la ciudad de Lampaca se había "ublevado". Volvió lleno de cólera, y, al aproximarse a la ciudad, rebelde, vio venir a Anaximenes, anciano venerable que había sido su preceptor. Desde luego, supuso que Anaximenes acudiría a solidificar el perdón de la ciudad culpable, y más encolerizado todavía, gritó:

—Juro por que no cederé lo que Anaximenes viene a pedirme. Habiendo oído el anciano el juramento solemne y terrible, se acoró y dijo al monarca:

—¿Cuál es el colmo de un futuro tropiezo con una aceituna y matarse?

JOSE VILA, 11 años. VALENCIA

ORO EN EL MAR

El agua del mar contiene, en disolución, casi todos los cuerpos conocidos; tiene gas disuelto, aunque están en mayor cantidad los cuerpos más solubles. La totalidad de esos cuerpos da una proporción media de 35 por 1.000 de peso; es decir, que en un litro de agua de mar hay aproximadamente 35 gramos de materias diversas, entre las que se cuenta el oro. El oro entra por nueve millonésimas en el peso total, lo cual significa que en una tonelada de agua de mar hay nueve miligramos de oro. Por lo tanto, si los mares nos dieran todo el oro que encierran, habría una suma de pesetas de 30.000.000.000.000.000 (treinta mil billones). Es decir, más de veinte millones de pesetas por cada habitante de la tierra.

El libro más pequeño del mundo

Entre los objetos raros que se conservan en la casa del Estado de Boston, se encuentra un libro minúsculo, el más pequeño del mundo. Sus dimensiones son más reducidas que las de un sello de correo. Se trata de un volumen que contiene cuatro de los más célebres discursos pronunciados por Abraham Lincoln, presidente de los más prestigiosos que ha tenido Estados Unidos. El librito en cuestión mide menos de un centímetro y medio de largo, y su espesor es justamente de quince milímetros. Esta formado de 164 páginas, orladas con letras doradas.



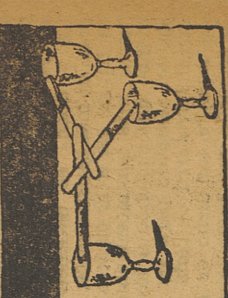
¡REVOLTILO!

Legendo «El Peque»

Dos albañiles en una tarde de lluvia
—Oye: ¿Te vienes hacia casa?
—No, porque estoy haciendo el «cielo raso».

Entre la mamá y el hijo
—Mamá! Mamá! Me he tragado un pendiente de los que habían encima de la mesa.
—Pues trágate ahora el otro, porque cuando me los compré me dijo el joyero que siempre los guardase juntos, para que no se perdiese ninguno.

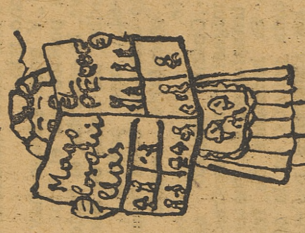
Tres cuchillos y tres copas
Tres cuchillos apoyados sólo por los mangos en los bordes de tres copas, sostienen si se cruzan las hojas de la manera representada en la figura. Y no sólo se sostienen, sino que sobre las hojas puede colocarse, como sobre una mesa, un objeto pesado, como un plato, una botella llena de agua, etc.



El cisne nadador
Para construir este cisne es preciso juntar algunos corchos.



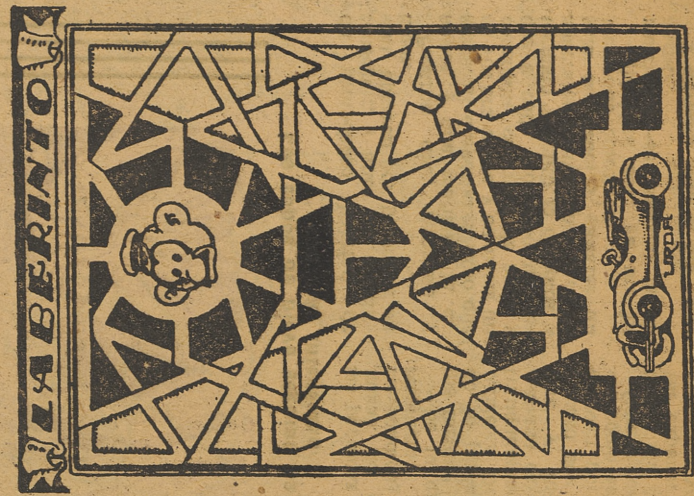
Y practicarles una hendidura, donde se fijan el cuello y la cabeza del animal, previamente recortados en cartulina. Clávese en la base una alfilereta de las usadas para sostener los dibujos en el tablero, y láncese luego al agua los nadadores, con feliz resultado.



Palmirín Calvo, Valencia



Leonor Sanjuán. — 11 años. Valencia



¿Por dónde irá el chófer en busca de su auto?

PICARDIA ESTUDIANTEL

Cuatro estudiantes que no tenían ni cinco, fueron a un bar a tomar una mesa y empezaron a pedir botellas. Cuando ya habían bebido bastante, llamaron al camarero, y metiéndose uno la mano en el bolsillo, dijo:
—¿Cuánto se debe?
—Ochenta pesetas—dijo el camarero.
Y contestó el segundo:
—Oye; ahora me toca pagar a mí.
—No, que pago yo.
Viendo que se estaban peleando por pagar, contestó el cuarto:
—Tengo una idea: le taparemos los ojos al camarero, y quien él coja, ése pagará. Hacen esta operación y se escapan, y en ese momento entra el dueño del bar y el camarero lo coge y dice:
—Tú pagas.
Rosario Deusa Pellicer, 9 años. Valencia.

La cigarrera y las hormigas

Era una alegre mañana de verano. La cigarrera, desde su casita instalada en una de las ramas de un viejo eucalipto, contemplaba la actividad de las avetillas y se burlaba de ellas con palabras como éstas:

—Para vivir no hay necesidad de esforzarse tanto. Todo eso son ganas de hacer metilicos y de gastar el tiempo inútilmente. Fijaos en mí, que he venido al mundo para alegrar a los demás con la melodía de mi canto.

Y mientras así hablaba, iba acompañando sus palabras con su cantar monótono e imperterritivo.

Los pajarricos no hacían caso alguno de las palabras de la cigarrera, pues estaban contrariados de que en la vida todos hemos venido para trabajar y que sin esfuerzo y tesón nada se consigue.

Las golondrinas, tan amigas del trabajo, habían intentado convencer a la cigarrera de que sólo de música viven los animales y que es en la lucha por la existencia donde se consiguen los más brutos estímulos y donde se obtienen los premios más satisfactorios; pero hablar así a la cigarrera era perder más lastimosamente el tiempo que subiendo a los hilos del telegrafito para ver pasar el ferrocarril de cada tarde, siempre tan lleno de gente asomada curiosamente a las ventanillas.

—Ea, no me vengáis con tales sandeces, que yo sé mejor que vosotros como se hacen las cosas. ¡Ordene y aprended! Y el canto de la cigarrera se hacía oír potente en medio de los trinos discretos de los pajarricos que la compadecían, lamentando no conseguir con victoria de la gran equivocación de que más tarde sería víctima.

También las hormigas, una día quisieron darle consejo, y he aquí las palabras con que fueron correspondidas:

—Amigas hormigas—habló la cigarrera—comienzo a cansarme de tantos sermones. Por pasarme el día trabajando como vosotros, almacenando granos de trigo y plátanos para el invierno, no vale la pena de vivir. Vosotros no sabéis ni conocer la delicia de cantar alegremente bajo los rayos del sol mientras los demás trabajan de la mañana a la noche.

—Pero sabes lo que es el invierno, amiga cigarrera?—aventuró a decir la que parecía más ilustrada y poseedora de mayor experiencia.

—Para mí todo son fiestas. En invierno hay muchas. Todos los Santos, las Pascuas de Navidad, Año Nuevo, los Reyes Magos, la Pascua de Resurrección y qué sé yo cuántas más.

—Pero, para entonces nace mucho frío.

—¿Y qué? ¿Acaso hay algo más poético que el frío?... La nieve, la escarcha, el hielo resbaladizo, las rimas de Bécquer. Si... muy poético... pero si no tienes un buen fuego para calentarte, resulta muy triste.

—¡Cuanto cuento, amigas hormigas! Para vosotros todo se transforma en materiales. Si hablamos de frío en seguida pensáis en la leña y en los almacenes repletos de alimentos; si sale a la conversación el calor, os acordáis presuntamente de que es la época del trabajo y no se puede perder el tiempo. Para vivir así es preferible, estar enterrado y no ser de este mundo.

Las hormigas tampoco quisieron persistir en su tarea de convencer a la cigarrera, pues tenían la seguridad de que na-

mur y no tuvo aliento para cantar ni media canción. Las hormigas se sorprendieron de tal silencio y se organizaron una comisión de hormigas diplomáticas encargadas de subir al árbol y mirar de hacer comprender a la cigarrera la equivocación que acabaría con su existencia.

—¿Qué queréis?—les preguntó la cigarrera al darse cuenta de la comisión de hormigas diplomáticas que la contemplaban con aire de compasión.

—Hermana cigarrera, este resfriado es un aviso que te manda el Creador para que te equivoques a tu conveniencia. Aun así a tiempo, pues no has pasado el otoño, pero ten en cuenta que el invierno acecha y que con el llegará el hambre, el frío y la muerte.

Un nuevo estornudo de la cigarrera mojó terriblemente a



Los copos de nieve seguían cayendo con más intensidad...

da provechoso habrían de conseguir, y ante tal conclusión, optaron por proseguir su labor.

Pasaron días, semanas y meses, y una mañana, la cigarrera, al despertarse, notó que su voz era ronca y su nariz un constante chorrear de agua y que a cada momento un estornudo violento le obligaba a agarrarse fuertemente para no salir del árbol y ganarse un tremendo coscorrón.

—¡Maldita sea, ya me he resfriado!—se lamentó la cigarrera.

Y durante todo el día estuvo preocupada y de mal humor.

hacer comprender a la cigarrera la urgencia que dentro de poco, y cuando ya sería demasiado tarde, acabaría con sus cantos para siempre.

Otoño iba haciendo su cosecha de hojas secas y cada día llovía más y las heladas se hacían dueñas y señoras de los campos y por las noches el frío obligaba a los leñadores de la montaña a hacer grandes hogueras para calentarse cerca de sus cabanas. La cigarrera había adelgazado mucho y tenía que efectuar grandes andanzas para poder encontrar algo para comer, pues las hojas verdes cada día escaseaban más y eran muchos los días que para obtener un poco de comida se veía obligada a pedir auxilio a los pájaros, los cuales le ofrecían algo de lo que recolectaban en sus vuelos a cambio de vigilar si apuntaba en la lejanía algún ave de rapina. Pero cuando vinieron las primeras nevadas, los pájaros emigraron y la cigarrera se encontró sola y abandonada. Entonces decidió emprender el camino hacia lejanas tierras, creyendo que alejándose de donde había vivido durante largo tiempo, volvería a encontrar un clima cálido y los árboles vestidos de hojas tiernas y los campos floridos y las mariposas y las abejas, maravillándose de sus cantos y haciéndole obsequios de miel y de golosinas. Pronto pudo darse cuenta de la dura realidad, pues a medida que se acercaba el invierno, más duras eran las nevadas y más trágica la obtención de comida. Fue durante una de sus jornadas de inútil menear que una enorme nevada asoló toda la región, convirtiendo en inhabitables todos los caminos. La cigarrera, al llegar a este momento, se consideró perdida, y era tal su delgadez y el hambre que pasaba, que ya casi no tenía coraje para andar ni fuerzas para mantenerse en pie.

Al evocar aquellos tiempos felices en que se creía la más dichosa del bosque y se reía de los palardos y de las hormigas porque trabajaban sin descansar un solo instante, en tristezas aun más y más débiles, cuenta de su difícil situación.

Y mientras reflexionaba, se sentía cada vez más atrevida por el frío. Los copos de nieve seguían cayendo con mayor intensidad y eran casi del tamaño de las nueces.

No podía permanecer parada porque pronto hubiera desaparecido bajo el blanco mantillo, y consumiendo las pocas

(Para a la página 6.)

